

Horati satirarum, II, 6

Cualquiera que publique hoy una nueva versión de Horacio, o malgasta papel y tinta, o presume de superar a sus antecesores (1). Aunque no faltarán quienes de mi tentativa digan lo primero, confieso que lo segundo me es imputable en parte. No puedo, ni podré nunca, rivalizar con traductores castellanos en la dicción, pues el castellano no es mi idioma; pero creo comprender algunos versos de Horacio mejor que Burgos, Salinas y Meabe, cuyas versiones son aquí las más difundidas. Lo que he entendido, trato de comunicar, bien o mal, a los pocos que lean esto, no para reemplazar el original latino, sino para inducir a su lectura, facilitándola a estudiantes y estudiosos que tengan necesidad de ayuda. Así, mi versión tiende a lo que huyen aquellos y otros traductores: quiere ser literal, servil y rastrera.

El texto latino he copiado de la recensión de Paul Lejay (2), confiando en que la ortografía «restituída» ya no alborotará a

(1) Cuántos antecesores hubo tan sólo en los países de habla castellana y portuguesa, y cuán ilustres nombres brillan entre ellos, se desprende de la reseña bibliográfica *Horacio en España* de Marcelino Menéndez y Pelayo. Germán Salinas afirma en el prólogo de su traducción en la Biblioteca clásica: «Horacio ha sido el autor más leído, imitado, comentado y traducido desde el Renacimiento hasta nuestros días.»

(2) HORACE, *Œuvres*, texte latin publié avec commentaire, etc., par F. Plessis et P. Lejay, II, *Satires*, publiées par Paul Lejay. Paris, Hachette, 1911.

Unos cambios que propongo en la puntuación, quedan explicados en las notas.

nadie; han pasado más de cuarenta años desde que sus comienzos fueron fulminados como «insufribles afecciones arcaicas» (1). Para la mejor inteligencia del texto y de sus alusiones a costumbres y acontecimientos de la época, recomiendo las introducciones y notas del mismo Lejay, quien intenta transportar la mente del lector al mundo horaciano (2), y a la vez, ha reunido lo bueno y dejado a un lado lo malo de los comentarios anteriores.

Mis notas tienen fines más modestos: señalar algunos errores usuales entre nosotros, proponer unas pocas explicaciones no usuales, y echar una simiente de desconfianza contra ciertos anotadores mandones, pues cuando la constancia de los lectores perdure hasta el comentario, me parece preferible plantearles un problema que detenerles de ensayar sus fuerzas propias.

(1) Juicio de M. Menéndez y Pelayo en la obra citada, I, página 192.

(2) Obra citada, página II: «Les introductions et le commentaire devraient mettre le lecteur moderne dans l'état d'esprit où se trouvait le lecteur contemporain d'Horace, et dont nous ne pouvons nous rapprocher que par un effort d'érudition.»

- Hoc erat in uotis: modus agri non ita magnus,
 Hortus ubi et tecto uicinus iugis aquae fons
 Et paulum siluae super his foret. Auctius atque
 Di melius fecere. Bene est. Nil amplius oro
- 5 Maia nate, nisi ut propria haec mihi munera faxis.
 Si neque maiorem feci ratione mala rem
 Nec sum facturus uitio culpaue minorem,
 Si ueneror stultus nihil horum: « O si angulus ille
 Proximus accedat qui nunc denormat agellum!
- 10 O si urnam argenti fors quae mihi monstret, ut illi
 Thesauro inuento qui mercennarius agrum
 Illum ipsum mercatus arauit, diues amico
 Hercule! », si quod adest gratum iuuat, hac prece te oro:
 « Pingue pecus domino facias et cetera praeter
- 15 Ingenium, utque soles custos mihi maximus adsis ».
 Ergo ubi me in montes et in arcem ex urbe remoui,
 Quid prius illustrem saturis musaque pedestri?
 Nec mala me ambitio perdit, nec plumbeus Auster
 Autumnusque grauis, Libitinae quaestus acerbac.
- 20 Matutine pater, seu Iane libentius audis
 Vnde homines operum primos uitaeque labores
 Instituunt (sic dis placitum), tu carminis esto
 Principium. Romae sponsorem me rapis: « Heia,
 Ne prior officio quisquam respondeat, urge ».
- 25 Siue Aquilo radit terras seu bruma niualem
 Interiore diem gyro trahit, ire necesse est.
 Postmodo quod mi obsit clare certumque locuto
 Luctandum in turba et facienda iniuria tardis.
 « Quid tibi uis insane et quas res? » improbus urget
- 30 Iratis precibus; « tu pulses omne quod obstat,
 Ad Maecenatem memori si mente recurras? »
 Hoc iuuat et melli est, non mentiar. At simul atras
 Ventumst Esquilias, aliena negotia centum
 Per caput et circa saliunt latus: « Ante secundam
- 35 Roscius orabat sibi adesses ad puteal cras »; —

Esto palpitaba en mis votos: un lote de campo, no tan grande, donde hubiera un huerto y vecino al techo un manantial de agua viva y algo de bosque encima. De sobra y mejor han hecho los dioses. Bien está. Nada más ruego, Hijo de Maya, sólo que me hagas míos propios estos dones. Si no he hecho mayor mi caudal de mala maña ni estoy por hacerlo menor con vicio o descuido; si no te adoro neciamente por ninguna de estas cosas: « ¡Ojalá se junte aquel ángulo cercano que ahora entuerta mi campito! — ¡Ojalá algún azar me muestre una olla con plata como a aquél que de peón halló un tesoro, compró el campo allí y se puso a labrarlo, un richacho por amor de Hércules! »; si lo que hay, me llena de gozo y gratitud — con esta oración rezo a ti: — ahora que soy propietario, haz gordo mi ganado y todo lo demás, pero no el juicio, y como acostumbrabas, queda para mí santísimo patrón! Pues, luego que me he retirado de la Ciudad a mi amparo montañés — ¿Qué celebraría yo primero con la llana musa de las sátiras? — no me mata ni la maldita ambición ni el plúmbeo Sur del pesado otoño, negocio para la implacable Libitina.

Padre del alba, o si con más gusto lo oyes: Jano, con quien inician los hombres los primeros golpes de sus tareas y de la vida (así plugo a los dioses), sé tú el comienzo del carmen!

En Roma me agarras por fiador: « ¡Ea! que nadie cumpla antes con el deber, date prisa! » Ora el Norte barra las tierras, ora el invierno arrastre por la estrechada bóveda un día nevoso, hay que ir. Habiendo pronunciado en alta voz la fórmula que después quizá me cueste caro, debo forcejear en el gentío y hacer agravio a los lerdos. « ¿Qué te has pensado, loco, y qué cosas! » me apura uno groseramente con rabiosas maldiciones; « tú atropellarías cuanto hay enfrente si, en tu imaginación memoriosa, corres de vuelta a Mecenas! » — Esto sí, me gusta y es de mieles, no lo disimularé. Pero, apenas se ha llegado a las negras Esquilias, cien asuntos ajenos me saltan a la cabeza y por el flanco: « Roscio pedía que mañana antes de la segunda hora le asistieras al Pozal »;

- « De re communi scribae magna atque noua te
 Orabant hodie neminisses Quinte reuerti » ; —
 « Imprimat his cura Maecenas signa tabellis » ; —
 Dixeris : « Experiar » ; « Si uis potes », addit et instat.
- 40 Septimus octauo propior iam fugerit annus
 Ex que Maecenas me coepit habere suorum
 In numero, dumtaxat ad hoc quem tollere raeda
 Vellet iter faciens et cui concedere nugas
 Hoc genus : « Hora quota est? », « Thraex est Gallina Syro
 [par],
- 45 « Matutina parum cautos iam frigora mordent »,
 Et quae rimosa bene deponuntur in aure.
 Per totum hoc tempus subiectior in diem et horam
 Inuidiae noster. Ludos spectauerat una,
 Luserat in campo : « Fortunae filius » omnes.
- 50 Frigidus a rostris manat per compita rumor :
 Quicumque obuius est me consulit : « O bone (nam te
 Scire, deos quoniam propius contingis, oportet),
 Numquid de Dacis audisti? — Nil equidem. — Ut tu
 Semper eris derisor! — At omnes di exagitent me,
- 55 Si quicquam! » — « Quid? militibus promissa Triquetra
 Praedia Caesar an est Itala tellure daturus? »
 Iurantes me scire nihil mirantur ut unum
 Scilicet egregii mortalem altique silenti.
 Perditur haec inter misero lux non sine uotis :
- 60 « O rus quando ego te aspiciam quandoque licebit
 Nunc ueterum libris, nunc somno et inertibus horis
 Ducere sollicitae iucunda obliviae? » ;
 « O quando faba Pythagorae cognata simulque
 Vincta satis pingui ponentur holuscula lardo? » .
- 65 O noctes cenaequae deum, quibus ipse meique
 Ante Larem proprium uescor uernasque procaces
 Pasco! Libatis dapibus, prout cuique libido est,
 Siccat inaequalis calices conuia solutus
 Legibus insanis, seu quis capit acria fortis

« Por una cuestión gremial, importante y nueva, los escribas te pedían, Quinto, no olvidaras volver hoy. » — « Procura que Mecenas estampe su sello en estos escritos! » — Tú habrías dicho acaso: trataré... « Si quieres, puedes » agrega el otro e insiste.

El séptimo año, más cerca del octavo, ya habrá pasado desde que Mecenas empezó a contarse entre los suyos como a quien, por lo menos hasta ahora, quisiera llevar en su coche al hacer un viaje, y a quien confiar frioleras de este género: « ¿Qué hora es? — *Cómo Tracio, Gallina es parejo a Siro.* — *Los fríos de la mañana ya nos pican por poco precavidos* » y otras que salvamente se depositan en un oído grietado. Por todo este tiempo iba nuestro Horacio cada día y hora más sujeto a envidia. Con aquél había mirado los espectáculos, había jugado en el campo; « *Hijo de Fortuna* » decían todos. Un rumor que hiela, filtra desde la Rostra por las bocacalles; cada cual que me sale al paso, me consulta: « *Querido (pues tú debes saberlo como tocas más de cerca a los dioses) ¿has oído algo de los dacios?* » — « *Nada en absoluto.* » — « *Que tú siempre has de ser bromista!* » — « *Pero que todos los dioses me atormenten, si algo he oído!* » — « *Eh, ¿las chacras prometidas a los soldados se las dará César de tierra siciliana o itálica?* » — Jurando no saber nada, me miran pasmados como un fenómeno de — por supuesto — descomunal y profundo disimulo.

Entre tales cosas, me echan a perder el día al pobre de mí, no sin suspiros: « Oh campo, ¿cuándo te veré y cuándo podré, ya en libros de los clásicos, ya en sueños y horas holgadas, sorber plácidos olvidos de la vida agitada? ¿Oh, cuándo me servirán habas, por más parientas que sean de Pitágoras, y a la vez verduritas guisadas a punto con gordo tocino? » ¡Ah noches y cenas de dioses, donde yo con mis compañeros, delante de mi propio Lar, me alimento y cebo a los criados traviesos! Saboreados los manjares, según a cada cual da la gana, vacía copas desiguales el comensal, libre de estúpidas ceremonias, sea que uno valientemente tome bebidas fuertes, sea que con medianas se remoje más a su gusto.

- 70 Pocula seu modicis uuescit laetius. Ergo
 Sermo oritur, non de uillis domibusue alienis
 Nec male necne Lepos saltet, sed, quod magis ad nos
 Pertinet et nescire malum est, agitamus utrumne
 Diuitiis homines an sint uirtute beati,
- 75 Quidue ad amicitias, usus rectumne, trahat nos
 Et quae sit natura boni summumque quid eius.
 Ceruius haec inter uicinus garrit anilis
 Ex re fabellas. Si quis nam laudat Arelli
 Sollicitas ignarus opes, sic incipit: «Olim
- 80 Rusticus urbanum murem mus paupere fertur
 Accepisse cauo, ueterem uetus hospes amicum,
 Asper et attentus quaesitis, ut tamen artum
 Solueret hospitibus animum. Quid multa? neque ille
 Sepositi ciceris nec longae inuidit auenae,
- 85 Aridum et ore ferens acinum semessaque lardi
 Frustra dedit, cupiens uaria fastidia cena
 Vincere tangentis male singula dente superbo,
 Cum pater ipse domus palea porrectus in horna
 Esset ador loliumque, dapibus meliora relinquens.
- 90 Tandem urbanus ad hunc: «Quid te iuuat» inquit «amico
 Praerupti memoris patientem uiuere dorso?
 Vis tu homines urbemque feris praeponere siluis:
 Carpe uiam, mihi crede, comes, terrestria quando
 Mortalis animas uiuunt sortita, neque ulla est
- 95 Aut magno aut paruo leti fuga: quo bone circa,
 Dum licet, in rebus iucundis uiue beatus,
 Viue memor quam sis aevi breui». — Haec ubi dicta
 Agrestem pepulere, domo leuis exilit; inde
 Ambo propositum peragunt iter, urbis auentes
- 100 Moenia nocturni subrepere. Iamque tenebat
 Nox medium caeli spatium, cum ponit uterque
 In locuplete domo uestigia, rubro ubi cocco
 Tincta super lectos canderet uestis eburnos
 Multaque de magna superessent fercula cena

Conforme comienza la plática, no sobre villas y casas ajenas, ni si el Bonito baila lascivamente o no, sino lo que más nos atañe y está mal ignorar; tratamos si los hombres son felices por riqueza o por bondad, o qué nos lleva a las amistades, el provecho o lo recto, y cuál es la naturaleza del bien y qué su colmo. En medio de esto, mi vecino Cervio cuenta consejas de viejas al caso. Pues si alguien pondera las riquezas de Arelio sin saber lo inquietas que son, él empieza así:

« Cuéntase que en otros tiempos un ratón campesino recibió a un ratón de Roma en su pobre cueva, a viejo amigo viejo huésped, hurraño éste y agarrado a sus ahorros, pero tal que a los placeres de la hospitalidad abría el estrecho ánimo. ¡Qué tantas palabras! El no escatimó ni garbanzos ni avena de su hondo silo, y trayéndolas en el hocico, sirvió bayas secas y pedazos medio comidos de tocino, deseando con lo variado de la cena vencer los hastíos del otro que apenas tocaba cada plato con diente desdeñoso, mientras el patrón de la casa, tendido en paja fresca, comía espelta y cizaña, dejando lo mejor de la cena. Por fin, el de la ciudad le dijo: « ¿ A qué te sirve, amigo, vivir sufriendo a cuestras del escarpado bosque? Tú quieres preferir la ciudad de los hombres a las bestiales selvas; haz el viaje, confíate a mí, compañero, pues los seres terrestres han recibido de la suerte vidas mortales, y no hay escapada de la muerte ni para grande ni para chico; por esto, querido, mientras puedas, vive feliz en regocijo, vive pensando de cuán corta existencia eres! »

Cuando estas palabras hubieron llegado a impresionar al agreste, salta ligero de su morada. En seguida ambos recorren el camino propuesto, deseando colarse de noche en las murallas de la ciudad. Y ya ocupaba la Noche el vértice de la bóveda celeste, cuando ambos ponen sus pies en una suntuosa mansión, donde sobre lechos marfileños lucía lienzo teñido de carmesí y de un gran festín sobran muchas fuentes que de la víspera quedaban en canastas apiladas en alto.

- 105 Quae procul exstructis inerant hesterna canistris.
Ergo ubi purpurea porrectum in ueste locauit
Agrestem, ueluti succinctus cursitat hospes
Continuatque dapes, nec non uerniliter ipsis
Fungitur officii, praelambens omne quod affert.
- 110 Ille cubans gaudet mutata sorte bonisque
Rebus agit laetum conuiuam, cum subito ingens
Valuarum strepitus lectis excussit utrumque.
Currere per totum pauidi conclaue magisque
Exanimes trepidare, simul domus alta Molossis
- 115 Personuit canibus. Tum rusticus: « Haud mihi uita
Est opus hac », ait, et: « Valeas! me silua cauusque
Tutus ab insidiis tenui solabitur eruo ».

Pues, cuando hubo colocado el agreste tendido en lienzo de púrpura, el huésped, como ágil camarero, anda trotando y sirviendo sin cesar manjares, y no falta de ejercer, como un criado casero, los oficios de estilo, probando antes con la lengua cuanto traía. Aquél recostado, goza de la suerte cambiada, y estando tan bien las cosas, hace un alegre comensal, cuando de repente un enorme ruido de puertas despidió a los dos de los canapés. Ellos a correr pavorosos por toda la sala, y temblar más muertos que vivos; a la vez, la alta casa retumbó de perros molosos. Entonces dijo el campesino: «No, para mí no hay menester de tal vida. ¡Adiós! De mis pobres yervos me consolará la cueva silvestre, segura de peligros ocultos.»

NOTAS

v. 1. *Hoc erat in uotis*. Los que explican *in uotis* por aspiraciones, deseos o ideal, borran el colorido religioso que Horacio ha dado a este exordio. Si sus votos y demás manifestaciones piadosas son verdad, o ficción literaria, no ha de importar a quien se atiene a las palabras del autor. Claro que la fidelidad a las palabras tiene también sus límites. Así, al verbo *erat* corresponde nuestro «estaba», pero suena demasiado quietista e inmóvil para expresar que algo nos ha movido a hacer un voto religioso; para esto, los idiomas modernos prefieren verbos más inquietos. Hasta dar con uno mejor, propongo «vibrar, latir, palpitar».

v. 3. *Super his* se ve traducido por «arriba de éstos», o por «además de ésto», pero ni una ni otra versión es segura. *Super* en el sentido local de «arriba de» y «más allá de» se construye en la prosa clásica regularmente con el acusativo, sólo en lenguaje poético con el ablativo; para indicar exceso de cantidad *super* se usa con el acusativo (hasta Amiano Marcelino, que emplea a menudo *super his* con el significado de *praeterea*). El traductor práctico saldrá del dilema, manteniendo la misma ambigüedad mediante nuestro adverbio «encima» para que el lector la resuelva a su gusto o juicio.

v. 5. *Maia nate*. El hijo de Maya, Hermes-Mercurio, era en el sincretismo helenístico-romano una especie de factotum olimpico, no sólo el numen del comercio (Ἑρμῆς; Κεῖφδωρεῖς), al que la tradición moderna lo ha reducido. Horacio mismo nos da un pequeño elenco de las múltiples virtudes mercuriales en

Carm. I, 10. Al hijo de Maya, que era también dios de la buena fortuna (*Ἐρμᾶς Τύχων*), habrán sido hechos principalmente los votos del verso 1, pues en los versos 4 y 5 Horacio le agradece y le dirige una oración complementaria. A la misma atribución de Mercurio apelarían los necios anhelos de los versos 8-13 si se hubieran formalizado en plegarias. Según el verso 14, aparece más bien como dios de la prosperidad ganadera (*Ἐρμᾶς Κτηόφωνος, Ἐρμᾶς Ποιμαίνων*) y de la vegetación (*Ἐρμᾶς Φυτολάγνος*). En el verso 15 Horacio suplica que Mercurio siga protegiéndole como antes, pues el «padre de la corva lira» era naturalmente el protector de los poetas líricos, *Mercurialium uirorum* según la frase horaciana en *Carm. II, 17, 29*; además, el poeta se sentía especialmente protegido por él, atribuyéndole en *Carm. II, 7, 13* su salvación del desastre de Filipo.

v. 5. *Propria mihi haec munera faxis.* *Propria* suele traducirse aquí por «estables, duraderos» etc., lo cual se justifica porque la estabilidad o aun perpetuidad integra el concepto romano del dominio. Pero, ¿por qué hemos de restringir el término amplio a una sola parte si nuestro adjetivo «propio» da buen sentido? Horacio pudo haber pensado en la estabilidad y en muchas cosas más, por ejemplo: Lo que los dioses me han dado, parece demasiada belleza para ser verdad, quizá sea un lindo ensueño; así, Mercurio, haz que todo esto sea de mi propiedad verdadera. O sus pensamientos pueden haber girado alrededor de la vieja verdad de que los dones de la Fortuna debemos merecerlos para que sean propiamente nuestros, y a ello habría de ayudarle Mercurio. El lector encontrará otras posibilidades más. Un pasaje parecido se halla en *Aen. VI, 871*.

v. 6-13. Análizo el largo período rogativo de la manera siguiente: La prótasis consta de cuatro condiciones: 1. y 2.) *si neque... nec... minorem*; 3.) *si ueneror... horum*, y ésta lleva consigo dos exclamaciones desiderativas en estilo directo, que no son rezos: a) «*O si angulus... agellum!*» y b) «*O si urnam... Hercule!*»; y 4.) *si quod... iuuat*. Allí se intercala una proposición independiente e incidental *haec prece te oro* y después siguen como apódosis los dos pedidos *Pingue... ingenium, utque... adsis!* Contra la costumbre de considerar *haec prece te oro* como apódosis, milita esta razón: Que Horacio reza a Mercurio, es un hecho liso y llano; lo condicionado es que Mercurio le engorde el ganado, etc.

v. 8. *Veneror stultus nihil horum.* Es corriente explicar *ueneror* por *uenerans oro* y *nihil* como complemento directo del subentendido *oro*. Prefiero la interpretación de Lejay, que deja a *ueneror* su significado común de «venero, adoro» y considera *nihil* como acusativo adverbial, de uso frecuente — «en nada, para nada, por nada».

v. 10-13. La necesaria resolución de las dos frases participiales puede hacerse

o por oraciones subordinadas a la principal *arauit*, como es costumbre, o por oraciones coordinadas a ella, lo cual es más sencillo y tan claro porque el contenido ya indica cómo se relacionan entre sí los miembros del período, y lo aclara todavía el orden en que aparecen.

El pasaje es interpretado a menudo con una fábula, relatada en los escolios de Pomponio Porfirión (p. 313, 5): «Erase cierto gañán, que siempre imploraba a Hércules que le procurara algo de bueno. Hércules le llevó ante Mercurio, y con sus súplicas consiguió la revelación de un tesoro. Desenterrado éste, el hombre compró el mismo campo donde había trabajado a sueldo, y siguió haciendo la acostumbrada faena. Así comprobó Mercurio lo que al caso había predicho a Hércules: que aquel por nada podría vivir feliz, puesto que continuó en el mismo trabajo aun después del hallazgo.» Quienes han sacado de allí pormenores que les parecían faltar en los versos 10-13, debieron suponer que el cuento, en la misma forma como aparece en los escolios, haya sido la fuente de nuestro pasaje. Creo que no han entendido bien al escoliasta. El introduce el relato diciendo simplemente o quizá con meditada cautela: *traditur fabula*, lo cual no requiere la interpretación de «al tiempo de Horacio, hace unos 200 años, se contaba...» sino a mi entender significa: «se cuenta ahora, en tiempos del que escribe...» o «la fábula a que Horacio alude, se cuenta hoy en la forma siguiente...» El escoliasta no habrá ignorado que en larga tradición va creciendo la conseja, y que en la fase fijada por él, abundan aditamentos sobre cuanto Horacio hace decir al hombre que quería un tesoro, por ejemplo: a) En la fábula, Hércules busca la ayuda de Mercurio para revelar el tesoro; en la sátira, vasta el favor de Hércules; b) en la fábula, el campo comprado por el hallador, era precisamente el mismo que él había labrado antes como peón; Horacio no menciona tan picante identidad, pues no creo que para él *agrum illum ipsum* equivaldría a *eundem agrum*, mientras en tiempos de Porfirión tal confusión era frecuente; c) la moraleja que saca Mercurio en la fábula, no aparece en la sátira, no haría tampoco juego con sus ideas. Así llego a la conclusión de que el cuento del escoliasta no nos sirve para interpretar los versos 10-13. No lo necesitamos tampoco, pues los versos son bastante claros para un lector que se libra de la obsesión de aquella fábula, y considera el *ipsum* aquí, como en otras partes, como un simple refuerzo enfático de *illum* — «el campo aquel precisamente, aquel campo allí, aquel campo que conocéis».

v. 13. *Quod adest gratum iuuat*. El predicativo *gratum* concuerda o con la oración subjetiva *quod adest*, o con el tácito complemento directo *me*. Para colmar la ambigüedad, este adjetivo equivale unas veces a nuestro «agradable», y otras veces califica una persona como agradecida o una cosa como recibida con

agradecimiento, todo lo cual es capaz de crear ciertas dificultades teóricas. La solución práctica es sencilla: El significado de agradable se elimina sólo por no ajustarse al conjunto del período; queda entonces el *gratum* de la gratitud, que en la versión he referido a la persona-complemento y lo he coordinado al predicado *iuuat*. Con igual derecho y resultado, otro lo relacionará con la cosa sujeto, y pasemos de largo los comentarios que prescriben determinada concordancia.

v. 14. *Domino* concuerda como predicativo con un tácito *mihí*. En griego diríase acaso $\kappa\alpha\tau\acute{\alpha}\sigma\tau\epsilon\iota\varsigma\ \delta\omicron\upsilon\tau\iota$, en nuestro idioma: «para mí como propietario, en mi nueva calidad de propietario, ya que he de ser propietario», etc. Lo que pide Horacio, en su nuevo papel de terrateniente, es una variante de *propia mihi haec munera faxis* del verso 5, no contraria, pues, la afirmación o promesa *nil amplius oro* del verso 4. Con *custos mihi maximus adsis*, tampoco pido nada más a Mercurio, le recuerda solamente la acostumbrada protección: *utque soles*.

v. 16. *Ergo* tiene por lo común el oficio de encabezar una consecuencia. Su antecedente lógico suele anteceder también en la enunciación; pero a veces se lo reserva el que habla o escribe, y entonces el *ergo* parece rematar o resumir una serie más o menos larga de pensamientos no manifestados, que el oyente o lector debe suplir de lo suyo. Llevando esto al extremo, algunos escritores usan la partícula como primera palabra de toda una composición, por ejemplo, Ovidio en *Tristia* III, 2 y Propertio III, 7. En vista de tales particularidades, surge para nuestro *ergo* aquí una duda: ¿Horacio ha expresado los antecedentes o se los ha guardado? Los comentaristas se inclinan, en general, a lo último, y consideran así que el verso 16 inicia un párrafo aparte que sería precisamente el desarrollo del argumento principal a la sátira. A mi modo de ver, Horacio ha expresado los antecedentes *passim* en los quince versos precedentes, y su *ergo* sirve para resumirlos, equivaliendo aproximadamente a esta paráfrasis: «Por cuanto los dioses, y Mercurio especialmente, me han concedido: campo, huerto, agua fresca, selva, ganado, etc., y por lo que mi viejo protector aun hará por mí...» La consecuencia es entonces una variante del *nil amplius oro*, que consueña en toda la introducción como el tema de una fuga musical, a saber: «Una vez que estoy fuera de la ciudad, en mi retiro montaños, no tengo ya que rezar ni por vida sosegada ni por salud: aquí tengo todo esto, *nec mala ambitio me perdit nec plumbeus auster...*». Con tal interpretación, los versos 16-19 constituyen el final de la introducción, no la entrada al argumento principal.

In montis et in arcem. El retiro de Horacio era la quinta que Mecenas le había regalado, situada en un valle de las montañas sabinas. Los dos nombres

montis et arcem designan, pues, un mismo lugar, formando el modismo muy latino del $\tau\upsilon\ \delta\iota\zeta\ \delta\upsilon\sigma\tau\upsilon$. Los idiomas modernos prefieren concentrar la expresión bímembre, subordinando uno de los dos términos al otro: «a las montañas y a mi fortaleza > a mi fortaleza en las montañas = a mi fortaleza montañesa.» (La denominación $\tau\upsilon\ \delta\iota\zeta\ \delta\upsilon\sigma\iota\nu$ = «uno por medio de dos», es inteligible para quienes tengan algunas nociones de griego, mientras que sus substitutos escritos en letras latinas, ya no se entienden sin ayuda de diccionarios o tratados de retórica. Por esto prefiero la expresión exótica pura a cultismos semibárbaros como *Endiads* o *Hendiads* en el latín decadente de Servio Honorato, «Endiadias» en castellano, «Endiada, Endiade, Endiadi» en italiano).

v. 17. Sin haber encontrado autoridad en que fundarme, opino que este verso no forma la apódosis del precedente, sino una oración intercalada, como si las palabras *me in montis et in arcem ex urbe remouí* hubieran sugerido de repente el tema más oportuno para la sátira ya empezada; allí el poeta detiene, pues, el período y llama la atención sobre ese argumento con una interrogación enfática, que afirma: «He aquí el argumento más a propósito: *me in montis et in arcem ex urbe remouí*». La apódosis del verso 16 sigue entonces con los versos 18 y 19.

Saturis musaque pedestri es otro $\tau\upsilon\ \delta\iota\zeta\ \delta\upsilon\sigma\tau\upsilon$, que exige concentración: «con sátiras y con la musa pedestre > con la llana musa de las sátiras». Claro que *pedester* no se opone aquí a *naualis* ni *equester*, sino a *cothurnatus, poeticus*: si es una adaptación horaciana de $\pi\epsilon\tau\acute{\epsilon}\delta\omicron\varsigma$; no equivale del todo al adjetivo griego, pues éste se opone a $\mu\epsilon\tau\acute{\rho}\epsilon\tau\omicron\varsigma$ = «métrico», y las sátiras de Horacio, por más que «se arrastren por el suelo», no dejan de ser métricas. Acaso el modelo fuera una frase de Calimaco, el cual llama su yambos $\mu\omicron\upsilon\sigma\sigma\acute{\alpha}\mu\omicron\nu\ \pi\iota\zeta\acute{\omicron}\varsigma\ \nu\acute{\omicron}\mu\omicron\varsigma$.

v. 18. *Nec mala ambítio me perdit*. La interpretación corriente de que Horacio afirmara con estas palabras su propia libertad del vicio hereditario romano, es inadmisibile si relacionamos los versos 18 y 19 con el 16, pues entonces resultaría que, lejos de la quinta sabina, en Roma, el poeta hubiera sido ambicioso. Pero consta que, con todas sus discutidas faltas, no pecaba por ese lado; y Mecenas, el primer destinatario del poema, lo habrá sabido de sobra después de un trato de siete años. A mi entender, la ambición que en la quinta no asomaba y que en Roma mataba a Horacio, era la de los pedigüños que en la ciudad le importunaban para que les apadrinara ante Mecenas u otros personajes influyentes.

v. 18-19. *Nec plumbeus auster autumnusque grauis*. La conjunción *-que* después de dos *nec*, sugiere que esta frase es un $\tau\upsilon\ \delta\iota\zeta\ \delta\upsilon\sigma\tau\upsilon$. En lugar de *-que* estaría *ne* que si el viento del sur y el otoño fueran dos conceptos autónomos. Además, ni

el uno ni el otro era malsano por sí mismo, pero lo era el siroco que soplabla en otoño, según Horacio en *Carm. II, 14, 15 y 16*.

v. 19. *Libitinae quaestus acerbae*. Como el templo de Libitina percibía un derecho por cada entierro, acaso un alquiler de los aparejos funerales allí guardados, Horacio aplica a la diosa un adjetivo propio de un acreedor implacable; aun la muerte costaba dinero en la ciudad.

v. 20. *Matutine pater seu Iane*. Estos vocativos no inician una nueva plegaria, sino la transición al tema principal.

v. 22-23. *Carminis... principium*. Que la composición se llama aquí *carmen*, contradice cómicamente a *musa pedestri*. Hay quienes ven una contradicción seria en la palabra *principium* en un lugar que ya no se pudiera llamar así, e infieren que Horacio, habiendo compuesto esta sátira por partes, habría olvidado en las subsiguientes lo dicho en las anteriores. Estas me parecen argucias filológicas mal gastadas, pues precisamente este poeta era demasiado pulidor para dejar visibles las juntas de la composición, que, por supuesto, no habrá concluido de un solo golpe.

v. 23. *Romae* encabeza la primera parte del tema: la descripción de una mañana en Roma, y ella se extiende hasta el verso 59. Los versos siguientes, 60-79, forman la segunda parte: una tarde en la quinta sabina. La tercera y última parte es la fábula de los dos ratones. Pero no debe entenderse esto como una disección anatómica. Los límites son esfumados, las partes se entrelazan y se superponen levemente como en una animada conversación, que es el prototipo de la sátira horaciana.

Sponsorem llamaban los romanos al ciudadano que, mediante las formalidades de la *adstipulatio*, garantizaba una obligación de otro. Algunos comentaristas suponen aquí arbitrariamente una fianza judicial, que se prestaba ante el magistrado para asegurar que un demandado comparecería el día señalado para la audiencia; pero tal fiador se llamaba técnicamente *vas*, y Horacio no desconocía esta palabra, como se ve en *Sat. I, 1, 11 y 9, 35*.

v. 25-26. *Bruma nivallem interiore diem gyro trahit*. *Bruma* = *breuima dies* es el día más corto del año, el medio o lo más recio del invierno. Este día arrastra tras sí, a través de la larga noche invernal, otro día en que el sol, oculto por la nieve, pasa sobre la tierra en un arco cerrado, *gyro interiore*, pues de varios arcos concéntricos el interior es más corto que el exterior.

v. 27. *Postmodo quod mi obsit*. En el texto de Lejay figura después de *postmodo* una coma, que me he atrevido a suprimir, pues sin ella, la construcción es más sencilla, juntándose el adverbio *postmodo* con la oración relativa *quod mi obsit*.

Este cambio de puntuación y otros que sugiero más adelante, no deben tomarse como tentativas de enmiendas, pues no he podido consultar códices, lo cual sería el primer requisito para un trabajo crítico. En la creencia de que la puntuación ha sido tratada por algunos copistas y editores como un accesorio despreciable, pongo a discusión unas hipótesis para que revisen esos signos quienes estén en mejores condiciones para ello y consideren que valga la pena.

Clare certumque locuto se refiere a las formalidades de la *adstipulatio*, que se perfeccionaba por pregunta y contestación concordantes. Hablar en voz alta era necesario para que el acreedor y los testigos pudieran oírlo claramente, y había que pronunciar el *certum uerbum*: *spondeo*.

v. 29. *Quid tibi uis?* es una pregunta enojada que, como observa Lejay, pone en duda el sano juicio del interpelado; por no dejar demasiado lugar a dudas, el interpelante agrega todavía el vocativo *insane*. A fin de reproducir este tono, convendrá usar en lugar de nuestro verbo correspondiente «quiere» una locución más expresiva.

Improbis es interpretado como sujeto de *urget* por quienes olvidan que el nominativo singular masculino de un adjetivo no suele substantivarse en el latín clásico. Mejor es considerar *improbis* como predicativo, que para nosotros tiene el valor de un adverbio. El sujeto es la tercera persona indeterminada (un tático *aliquis, quidam*); lo mismo en *addit et instat* del verso 39.

v. 32-33. *Atras... Esquilias*. Como en el Esquilino residía entonces Mecenas, al que Horacio iba a visitar con tanta impaciencia, el epíteto «negro, aciago» sorprende. Por lo común se trata de justificarlo con el recuerdo de que antes había allí cementerios (véase *Sat. I, 8, 8-16*). Más probable es que lo aciago tocaba sólo a Horacio personalmente porque allí le acechaban los importunos amigos, sabiendo que tarde o temprano debería caer en sus lazos. Así resulta más cómico el contraste con la afirmación precedente de que el ir a la casa de Mecenas gusta y es de mieles.

v. 33-34. *Aliena negotia centum per caput et circa saliant latus*. Que *per caput saliant* signifique «me pasan por la cabeza», como si Horacio de repente se acordara de encargos casi olvidados, es sospechoso por lo singular de tal acepción de la frase en latín y por la dificultad de asociar entonces *per caput* con *circa latus*. A mejor salida conduce la analogía con la locución *supra caput esse*, usada de un peligro inminente o de enemigos cercanos, por Cicerón (ad Quint. Fr. I, 2, 6), Salustio (*Cat. 52, 24*), Livio (XLII, 42, 6). En el Esquilino, los pediguñeos con sus cien asuntos molestos, están acechando a Horacio que sin cuidado se acerca: *supra caput sunt*. Entrado en la emboscada, le saltan o asaltan — ¿por dónde? — naturalmente *per caput*. Pero encima de una cabeza no

caben los cien fastidios, por esto le saltan también por los lados, — por el lado, dice Horacio, como el soldado romano que sólo por un lado podía ser flanqueado, protegiendo el escudo el otro.

v. 34. *Ante secundam*. Los comentaristas que han calculado cuál hora nuestra sería esa segunda, la indican unos como las 7, otros las 8, otros las 9, según sus distintas hipótesis sobre la fecha del mensaje de Roscio. Podemos descuidar ese detalle cronológico y contentarnos con saber que la hora de la cita debía haber sido muy incómoda para el poeta, pues le gustaba quedarse acostado hasta la cuarta hora del día; así lo ha confesado en *Sat. I, 6, 122*.

v. 35-37. *Roscius orabat... scribae orabant*. Quienes entienden *per caput saliant* como un súbito despertar de la memoria, toman estas oraciones y las que siguen hasta el verso 40, por un soliloquio de Horacio, — una violencia innecesaria si entendemos aquella frase «literalmente» como lo expone la nota al verso 33-34; entonces todo este trozo es simple reproducción de lo que los postulantes de marras dijeron. El tiempo de *orabat* y *orabant* es el imperfecto «epistolar»; refiriendo el mensajero lo que Roscio o el jefe de los escribas decía cuando le despachó, usa correctamente un tiempo pasado, pero no el perfecto, porque el pedido perdura aún mediante el mismo mensaje.

v. 38. *Cura* está en el presente porque el interesado expresa personalmente su deseo, o un mensajero algo petulante habla como si tratara un asunto propio.

v. 39. *Dixeris... addit et instat*, es a primera vista un período condicional coordinado, pero la forma verbal de *dixeris* hace pensar; como futuro perfecto y como perfecto potencial, disonaría con el indicativo presente en la apódosis. Quizá sea un perfecto equivalente a un imperativo: «dile». Si también aquí mediara un mensajero, las palabras *dixeris: experiar* serían la contestación de Horacio: «Di a tu amo que trataré de hacerlo». — Además, *dixeris* podría dirigirse al oyente o lector de la sátira: «Tú, oh despreocupado lector, habrías dicho *trataré*; — ¡ja, ja, ja! — el otro ya se anticipa con un *si quieres, puedes*.» — Sobre el sujeto de *addit et instat*, véase la nota al verso 29 *Improbis*.

v. 42. *Dumtaxat ad hoc* suele interpretarse, tal vez por influencia del latinismo moderno *ad hoc*, como antecedente demostrativo de las oraciones finales *quem tollere raeda uellet, cui concedere nugae*. Dudo de que tal significado final de *ad hoc* sea clásico, por lo menos prevalece el sentido temporal (con elipsis de *tempus*) = «hasta ahora».

v. 43-44. *Nugae hoc genus*. *Hoc genus* aparece en comentarios y gramáticas como «acusativo de relación» o «acusativo adverbial» o «descriptivo», etc. Más sencillo es clasificarlo como aposición de *nugae*.

v. 44. *Tlraex* era apelativo de un gladiador que combatía en armadura tra-

cia, aquí oficia, pues, de adjetivo predicativo del nombre propio Gallina. He suprimido el signo de interrogación con que nuestros editores cierran esta oración; la considero afirmativa porque no hay adverbio ni otro motivo para entenderla como pregunta. Sobre cambios de puntuación, véase la nota al verso 27, *Postmodo*.

v. 46. *Rimosa in aure* = «en un oído grietado», un oído que deja escapar lo que se le confía. Un hombre moderno necesita para tal operación dos oídos: por el uno le entra y por el otro le sale. La frase no alude a locuacidad sino a mala memoria para tales pequeñeces.

v. 49. *Fortunae filius* se ve anotado como expresión proverbial, pero los ejemplos citados son posteriores a Horacio (Petronio 43, Plinio, *Nat. Hist.*, VII, 43 y otros). Acaso Horacio sea autor de esta frase o por lo menos el traductor, pues *παῖς τῆς τύχης* se encuentra en Sófocles, *Edipo Rey*, 1080.

v. 52. *Deos propius contingis* no interpreto como indicio de que el pueblo ya habría divinizado al emperador. Por cierto, los dioses de esta frase son César Octaviano y su corte, pero ya en tiempo republicano se aplicaba la palabra *deus* a hombres descollantes (por ejemplo, Cicerón *De oratore*, I, 23, 106, II, 42, 179, III, 14, 53). Horacio llama dioses a sí mismo y a sus comensales en la quinta, verso 65. Además, el interlocutor parece jugar aquí con la frase hecha *Digito caelum attingere*.

v. 53. *Nunquid*. Ante los errores frecuentes, conviene insistir en que esta palabra no es pronombre interrogativo; el pronombre que aparece en ella como poscomponente, es el indeterminado.

v. 53-55. *De daciis... militibus-daturus*. De las cuestiones políticas que movían la curiosidad del pueblo, se ha querido deducir que Horacio habría compuesto esta sátira en el invierno 31-30 a. C. Lo dudo. Los dacios causaban rumores, ya más ya menos, desde los últimos tiempos de Julio César hasta Trayano, y los veteranos lo hacían a intervalos desde el advenimiento de César Octaviano hasta el verano 29 a. C.; los dos rumores habrán coincidido varias veces. El punto de partida más seguro para datar la sátira, es la donación de la quinta sabina, que se ha fijado con bastante probabilidad en el año 33 a. Cr. El *terminus ante quem* es más problemático. Lejos de querer entrar aquí en la discutida cronología horaciana, y más para hacer reflexionar a otros que para resolver algo de mi parte, supongo que la sátira fué compuesta antes del año 32 a. Cr., pues entonces la tirantez entre César Octaviano y Marco Antonio llegó a su fase crítica y el senado romano declaró formalmente la guerra al Egipto; tales acontecimientos debían de haber desalojado a dacios y veteranos de los dimes y diretes de la ciudad.

v. 59. *Perditur*, ya sea un ἀπαξ λεγόμενον, o un vulgarismo, aquí es mejor que el «correcto» *perit* con su flojo significado neutro de «va perdiéndose, pasa». ¿No pasa cada uno de nuestros días? Pero la forma pasiva *perditur* expresa que el día es echado a perder por otros.

Haec inter. La anástrofe de un preposición bisilábica no es una libertad poética, sólo ocurre más a menudo en poesía que en prosa; se encuentra varias veces en Cicerón y más en Livio. (Preposiciones monosilábicas, aparte de la enclítica *cum*, no suelen posponerse).

v. 61. *Veterum libris*. En *Sat.* II, 3, 11, 12, Horacio nombra autores antiguos, «clásicos», que leía en la quinta: Platón, Menandro, Eupolis, Arquiloque; en *Epist.* I, 2, 1, 2 menciona también a Homero como lectura de vacaciones.

v. 69. *Faba* traduzco por plural, pues la palabra latina es un «singulare tantum», mientras la correspondiente castellana se usa en plural cuando se trata del alimento, y no de la especie botánica. Lo mismo rige para *cicer* en el verso 84 y *eruum* al final de la sátira, «*item arida vel liquida quae ad mensuram ponderusve referentur*» (*Phocas de nomine et verbo*, ed. Keil, V, 427).

Pythagorae cognata alude humorísticamente a que Pitágoras había prohibido comer habas, por razones misteriosas, discutidas inútilmente desde la antigüedad hasta hoy. Como *cognata* no puede ser atributivo, lo he resuelto por una oración, y ésta concesiva.

v. 67. *Libatis dapibus* se ve explicado de maneras distintas: a) tomando *libare* en su acepción sagrada y toda la frase como un ablativo absoluto temporal «después de haber ofrendado al Lar las primicias de los manjares»; b) entendiendo *libare* como *delibare*, *degustare* y el conjunto como ablativo de medio de del verbo *pasco*, o sea que Horacio, después de haber cenado él y sus convidados, habría pasado a los criados las sobras de la mesa. Con estas dos explicaciones, la frase no caracterizaría la cena campestre, pues la ofrenda al Lar se hacía en la ciudad y en el campo, y la mencionada primicia del amo y de sus huéspedes sobre los criados regía en uno y otro lugar; c) más expresiva es la frase si se entiende *libare* en el sentido de «comer con modestia y gusto, saborear», en oposición a «engullir», lo cual acaso hacían los comilones en la ciudad; entonces *libatis dapibus* podría ser un ablativo de modo para los dos verbos *uescor* y *pasco*, si no obstará a ello la acción perfecta de *libatis*. Aunque el participio perfecto suple a veces la falta de un participio pasivo del presente, tal uso no me parece bastante general para ocurrir en un género literario que el mismo autor llama *sermões*; d) como respeto más el uso general del idioma que la puntuación de los editores, propongo colocar el punto final o admirativo después de *pasco* y relacionar *libatis dapibus* «saboreados los manjares» con el

período siguiente, lo cual elimina todas las dificultades. Debo hacerme responsable de esta solución hasta que la encuentre abonada por alguna autoridad; *nullum est iam dictum quod non sit dictum prius*. Además debo reiterar lo dicho sobre cambios de puntuación; véase nota al verso 27 *Postmodo*.

v. 67-70. A la comida seguía la *comissatio*, la sobremesa dedicada a la bebida y a diversiones varias. Según costumbres importadas de Grecia, un *rex conuiuii* o *arbiter bibendi* dirigía la francachela, hacía beber a todos los comensales igual cantidad y mezcla, aun contra gustos individuales, y dictaba el tamaño de las copas, el orden en que sus súbditos debían propinar uno a otro, y la proporción de agua y vino. A juzgar por testimonios griegos, agua y vino por partes iguales era una mezcla fuerte, acaso lo que Horacio designa por *aeria pocula*; para *modica pocula* lo usual eran cinco partes de agua y dos de vino. Todas esas costumbres son para el señor de la quinta sabina *leges insanæ*; sus convidados, libres de ellas, toman copas desiguales, uno fuertes, otro módicas conforme al paladar de cada cual.

v. 70. *Ergo* es aquí tan consecutivo como en el verso 16: En consecuencia de la sensatez en el vivir, comer y beber, también la conversación es sensata, y no gira alrededor de estupideces como donde el exceso de comida y bebida embota el espíritu.

v. 72. *Lepos*, como nombre común, significa «gracia, donaire», etc., y según Porfirión, era el apodo de un artista mímico. Si «el Gracioso» ponía en su baile bastante sensualismo para el público de entonces — así interpreto el *male saltet*, — sobre ello no dicuirían sino los parroquianos del pantomimo en Roma. La mención de tal tema es, pues, una burla contra la chisniografía urbana.

v. 73-76. Las conversaciones en la quinta sabina tienen cierta afinidad con las que Cicerón hace desarrollar en sus tratados morales; parecidos son los argumentos y el escenario. También los interlocutores ciceronianos se encuentran siempre en alguna villa de recreo, el *Tusculanum*, *Arpinum*, *Cumanum*, etc.; sólo la última discusión *de finibus bonorum et malorum* tiene lugar en una ciudad, pero ésta es Atenas. El ambiente bullicioso de Roma no habrá sido propicio a pláticas serias.

v. 77. *Anilis ex re fabellas*. *Anilis fabella* es un dicho, tal vez proverbial que ya aparece en Cicerón (*De nat. deorum*, III, 5, 12) y después con frecuencia en autores postclásicos. La frase en sí misma suena despectivamente, pero Horacio la dignifica intercalando *ex re* = «al caso». Los cuentos de Cervio vienen muy al caso aunque el snob metropolitano los calificara de consejas de viejas.

v. 79. *Sollicitas ignarus opes* demuestra también la fuerza expresiva de tales

intercalaciones. *Ignarus* en otro lugar de la oración parecería atributo de *quis* = «algún ignorante»; encerrado entre *sollicitas* y *opes*, su alcance queda limitado a estos dos términos, y con ello el adjetivo se vuelve adverbial para *laudat*: «alguien celebra las riquezas de A, sin saber lo inquietas que son».

v. 80-81. *Rusticus urbanum murem mus... ueterem uetus hospes amicum*. El tío Cervio se luce con dos quiasmos apósitos, que entre sí forman un superquiasmo (esquema: a b B A — b a A B), y a la vez, dos aliteraciones y paronomasias: *murem mus* — *ueterem uetus*; de añadidura hay seis úes en el primer grupo de cuatro palabras. Todos estos adornos, por más retóricos que fueran sus nombres, no eran ajenos al estilo narrativo popular, a juzgar por Plauto; y Horacio presenta a Cervio como un buen narrador, que en tan distinguida compañía extrema los floreos corrientes, con lo cual el poeta, lejos de cometer un desliz estilístico, muestra cuán bien ha observado al hombre de campo.

v. 83. *Hospitiis* = «a los placeres de la hospitalidad», una ampliación necesaria para reproducir el plural del abstracto *hospitium*.

v. 84. *Neque... ciceris... inuidit*, lo cita Quintiliano, IX, 3, 17, como ejemplo de un grecismo, sin explicar si veía el griego en el significado de *non inuidere* = «no escatimar, prodigar» como *οὐ φθονεῖν*, o en su régimen de genitivo participativo. Lejay hace notar que tal genitivo ya ocurre en Plauto, Terencio y Afranio. Para el significado, tampoco es necesario buscar modelos griegos. Etimológicamente *inuidere* es «tener la mirada fija en una cosa»; el uso común lo ha especializado en el sentido de que la cosa mirada es de otro, llegando así a la acepción corriente de «envidiar» (véase Cicerón, *Tusc. Disp.*, III, 9, 20). Pero *inuidere* se usa también si la cosa mirada está en la posesión del sujeto del verbo y ésta la mira o cuida para que no la tome otro, lo cual lleva a la acepción de «no dejar, no dar, detentar y escatimar». Si el grecismo no estriba en otro elemento, lo considero prescindible, no para entrar en controversia con Quintiliano, pero para defender al buen Cervio de cualquier — ismo impropio a su condición. El cuanto al número de *cicer*, véase la nota del verso 63 *fabula*.

Longae aenae. Unos refieren el adjetivo a la forma alargada del grano de avena, otros al tiempo que habría sido guardada. Me ocurre una tercera explicación: Cervio quiere decir que tanto la avena como los garbanzos estaban guardados a gran distancia o a gran profundidad: *cicer et aena longe seposita erant*. La conjunción negativa y la forma atributiva que el cuento requiere, crean una dificultad de aplicar *longe seposita* a ambos nombres. Para salvarla, Cervio desdobra el atributo común en sus dos componentes, convirtiendo a la vez el adverbio *longe* en un segundo adjetivo y aplicando uno a cada sustantivo, una especie de *δισυμπλήρωσις* o *disiunctio*, lo contrario del zeugma. En la tra-

ducción, « los profundamente escondidos garbanzos y avena » equivalen a « profundo depósito de garbanzos y avena ».

v. 91. *Nemoris... dorso*. La falta de preposición podría justificarse porque aquí no se expresa solamente el lugar, sino a la vez el medio de vivir, pero la misma frase aparece, en sentido puramente local, en Virgilio, *Georg.*, III, 436.

v. 92. *Vis tu...* suele clasificarse como interrogación exhortativa. Tales preguntas se caracterizarían por la falta de adverbio interrogativo y por la posición del *tu*, a juzgar por los ejemplos que se citan: Petronio, CXI, 12, Séneca, *Dial.*, II, 15, IX, 13. En éstos, el carácter exhortativo o imperativo es manifiesto, pero no encuentro nada de interrogativo fuera del signo final, y su construcción no me es bastante clara para apreciar si nuestro *uis tu praeponere* pertenece o no a la misma categoría. En tal duda, prefiero explicar la frase sin prejuicios exhortativos ni interrogativos, prescindiendo también del signo. Se ofrecen dos explicaciones: a) *Si uis...* podría ser una prótasis condicional coordinada: « ¡ Si quieres probar la vida en la ciudad en vez de sufrir en estos matorrales, ven conmigo! »; b) más sencillo es tomar *uis...* como una afirmación que el ratón de la ciudad deduce de todas las circunstancias que ha observado: « ¡ Tú prefieres seguramente la ciudad a estas selvas; la voluntad no te falta, sólo faltaba quien te acompañara allá; confíate, pues, a mí! »

Homines urbemque parece un ἄνθρωποι πόλιν = « la ciudad de los hombres ».

v. 93. *Carpe uiam*, a primera vista, tiene cierta afinidad con locuciones castellanas como « coger el camino » o « tomar el camino en las manos »; pero ni una ni otra reflejan el sentido de la frase latina. *Carpere* significa « tomar algo pedazo por pedazo »; *iter, uiam carpere* es una expresión algo figurada, equivalente a *iter uiam emetiri, decurrere* = « ir paso a paso ». El imperativo *carpe uiam* denota algo parecido a nuestro « ¡ vamos andando! ».

Terrestria = « los que habitan la tierra », forman uno de los cuatro géneros de seres vivos, según Cicerón en el fragmento *Timaeus*, 10: *Animantium genera sunt quattuor, unum caeleste, alterum aërium, tertium aquatile, quartum terrestre*.

v. 94. *Mortalis animas*. En esta arenga altisonante, pero de fondo tan vulgar, no cabe lo que nosotros llamamos « alma » ni su mortalidad ni inmortalidad. *Anima* es aquí mero sinónimo de vida. El oximoron « vidas mortales » hace juego con otros rebuscamientos en el discurso del ratón ciudadano.

Viuunt sortita = « viven habiendo recibido » puede entenderse también como *sunt sortita*, tomando *uiuere* por verbo meramente auxiliar, o como *uiuētia sunt sortita*, desdoblando *uiuere* en el verbo auxiliar y un participio que formaría parte del sujeto. El empleo del *uiuere* en lugar de *esse* parece un artificio estilístico de Cervio-Horacio para caracterizar al que habla como « vividor » me-

diante la abundancia de las formas de ese verbo en los versos 91, 94, 96 y 97.

v. 95. *Quo... circa*. Esta tmesis es anotada como muy rara. Hasta que la encuentre en otra parte la considero única en la latinidad clásica, dejando a un lado toda la prudente reserva recomendable en tales juicios. En rigor gramatical, *quocirca*, formado probablemente de *quodecirca*, rechaza la tmesis, o se debería restablecer la forma completa *quod*. Pero, ¿cómo va a preocuparse ese ración, tan adicto a las cosas tangibles, por nebulosas teorías etimológicas y gramaticales!

v. 96. *Dum licet*. No es necesario buscar desmoralización epicúrea en esta frase. Ella ya estaba en uso antes de que el fantasma del epicureísmo asustara a los moralistas romanos; por ejemplo, Terencio, *Andria*, 345.

In rebus iucundis suena como una variación aconsonantada de *in rebus secundis*.

v. 100. *Nocturni*, como predicativo, puede traducirse por el modo adverbial «de noche», o por el circunloquio «protegidos por la noche», imitiéndose la concordancia.

Subrepere se ve interpretado como equivalente ratonesco de *subire*, pero el manifiesto parentesco con el adjetivo *subrepticus* insinúa más bien la idea de «introducirse sin ser visto, colarse».

v. 100-101. *Iamque tenebat nox mediám caeli spatiúm*. En este trozo épico resalta el tono paródico si escandimos el verso; la consonancia aguda en las cesuras semiterciaria y semiseptenaria debe haber producido risas.

v. 103-104. *Canderet... superessent*. Los subjuntivos se explican por el carácter consecutivo de la oración local.

v. 106. *Succintus* se llamaba el esclavo que servía los platos en un banquete, porque se levantaba la túnica con un cinturón para desembarazar sus movimientos. Compárese la locución castellana «haldas en cinta». El adjetivo «arremangado», que usa Burgos por *succinctus* en *Sat. I, 8, 23*, ha sido criticado justamente por Menéndez y Pelayo (*Horacio en España*, II, pág. 412), pero el «arregazado», que él propone para aquel pasaje, no cabe aquí tampoco.

v. 109. *Praelambens* no es un vicio de criados; a los oficios de un buen camarero pertenecía el probar los platos antes de servirlos, *praegustare*, y este verbo se ha adoptado a la condición de ratones.

v. 113-114. *Currere... trepidare* son infinitivos propiamente «históricos», equivalentes a pretéritos históricos, como *excussit* y *personuit*. He osado imitarlos en la traducción, sin desconocer la rareza de tales infinitivos en castellano (*Gramática Acad. 452 f Nota*, Bello-Notas de Cuervo, número 70 b).

v. 116. *Silua causque*. Su interpretación como $\tau\acute{\iota}\nu\ \delta\iota\acute{\iota}\zeta\ \delta\iota\upsilon\sigma\iota\upsilon$ se funda en el nú-

mero singular del verbo. La forma masculina *cauus*, en vez del usual neutro *cauum*, no es frecuente; un ejemplo anterior a este pasaje se encuentra en Varrón, *de Re Rust.* III, 15, 2, y Varrón era sabino, de manera que *cauus* podría ser un modismo de esa región y servir aquí para dar a las palabras del ratón campesino cierto sabor al terruño.

KURT SCHÜLER.